

sé que existen los violines, las gargantas y los surtidores
y que en los espejos acostados vive la blancura de los cisnes,
pero aunque sé todo esto
no quiero cabalgar los caballos del humo
ni le doy a los niños caramelos azules
para engañar sus llantos y diarreas;
no, no puedo comprometer mi frente de aluminio
ni tampoco rezar por las esterqueras
y decir que los pantanos son cielos apropiados
para llegar a una lágrima de sangre.

Y he dicho que no creo en un mundo de volcanes y piojos,
de rosas partidas por los dientes de mujeres afiladas
y cabezas de niños ametralladas por alfileres de uranio;
nó, no quiero creer en los crepúsculos con labios de mujer,
ni en el alba como una pescadilla degollada,
ni en los árboles con el tono de las cancelas,
ni en la lluvia como un surtidor boca abajo;
no puedo creer en las estampas con orlas de merengue
y por eso compadezco a esos pobres que versifican
con el asqueroso diccionario delante de sus cabezas obstruídas
por una infección de momias y palabras masticadas,
palabras digeridas, ensalivadas y vueltas a masticar;
vomitadas en los dedos que sirven para contar las sílabas
y encerrar el sentimiento en la frialdad de los números;
en esas arpas de lata que calumnian el Arte
y quieren enterrar la POESIA en féretros de plomo.

Y sé que existen las tarjetas postales y los trajes de comunión
y por culpa de las babosas que engendra la miseria
esas mujeres con faldas largas y miradas de vidrio
y ese niño como un pájaro tísico
corriendo en el jardín detrás de su hermanita;
ese niño malogrado por sombras de camellos
que amasado en un grito de bestias
conoce los pesebres de la vida.

MANUEL PACHECO

LA SEÑORITA ADELA

(CUENTO)

«No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor
de alma los recuerdos de su niñez». UNAMUNO.
Andanzas y visiones españolas.

MI hermano Felipe entró en la habitación pálido y presuroso: al
verme por los suelos jugueteando con un saltamontes, se de-
tuvo y me preguntó angustiado:

—¿Sabes quién se ha muerto?

Me encogí de hombros; ignoraba quién había muerto. Felipe to-
do misterioso susurró tétrico: —¡Don Celso!

A mí por todo comentario se me ocurrió decir: —Entonces se
acabaron las clases.

Felipe hizo un mohín despreciativo con sus labios y corrió a co-
municar la mala nueva a mis padres.

Después de quedar solo me pesó la frase. Por aquel entonces con
mis trece años, yo era un muchacho con menos sentido común del
que generalmente tienen los chicos de esta edad. Yo no tenía ani-
mosidad contra D. Celso, mi buen maestro, no la tenía con nadie.
Me había presentado ¡tres veces...! al examen de ingreso en el Insti-
tuto de Cáceres y tres veces había recibido sendos suspensos y todo
por culpa de mi obstinada aversión hacia los estudios.

Nueve años tendría cuando logré conocer las letras y leer de co-
rrido; escribir, a los trece años no lo hacía más que regularmente y
aún esto debía agradecerse a la bondad y sufrida paciencia de don
Celso. De no ser por él jamás hubiera aprendido a leer ni escribir.
Este juicio que ahora me hacía me era imposible reconocerlo
entonces.

¡Pobre D. Celso! Me parece ahora al recordarlo, verle como era en
vida; enteco, diminuto, de cara huesuda, verdi-negra con un guarda-
polvos caqui, amplio, lleno de manchas descoloridas por la lejía.
¡Pobre D. Celso, con qué afán trabajaba para hacerme aprender lo
indispensable! ¡Cómo sufría con mis suspensos y mi falta de aplica-
ción! A Felipe le adoraba. Era mi hermano un modelo de alumno,
dos años menor que yo; el juicio que a mí me faltaba lo tenía de ex-
ceso él. Por su comportamiento y atención D. Celso le prodigaba
toda clase de distinciones. A mí me lo ponía de modelo: —Aprende
de Felipe, más chico que tú y tiene aprobado el examen de ingreso.

Yo en cambio con el último suspenso llevaba tres. Mi padre can-
sado ya de mis desvíos había dispuesto que el próximo suspenso de
Septiembre fuera el hito final de mis estudios. D. Celso que prepa-
raba a Felipe de algunas asignaturas del primer curso hacia esfuer-

zos inauditos aquel verano para que saliese airoso en la prueba de Septiembre y he aquí que cuando llevábamos pocas lecciones dadas, una tarde nos detuvieron en la entrada y nos volvimos. Felipe, de regreso a nuestra casa, me explicó lo ocurrido. Aquella noche D. Celso había sufrido un ataque hepático.

Cuatro días más tarde D. Celso fallecía, quedando yo libre de las clases que me importunaran.

Duraron poco estas vacaciones accidentales. Una mañana mi padre nos llamó y sin dar importancia al asunto nos comunicó que Adela, la hija de D. Celso nos continuaría dando las lecciones que había iniciado su padre. A Felipe esto le dejó indiferente, pero a mí me causó profunda congoja. D. Celso me conocía, estaba enterado de mis ignorancias y las sufría con más o menos resignación... pero ahora su hija era diferente. ¡Qué contraste tan violento iba a notar entre mi hermano y yo! Cómo se reiría de mis barbaridades! A decir verdad también D. Celso se reía y me apostrofaba de manera violenta, pero que ahora lo hiciese una mujer me llenaría de sonrojo. El orgullo varonil incipiente en mí por entonces se revelaba ante el hecho de sufrir reconvenções de una mujer. Me parecía esto humillante y fuera de uso habitual. Protesté ante mi padre y pretendí disuadirle de lo que yo creía que era una incongruencia. Las mujeres que den clases a las mujeres, pero a los hombres que sean hombres los que los instruyan.

Claro que no convenci a mi padre y Adela—la señorita Adela, como debíamos llamarla—fue nuestra profesora. Huraño y de mal humor fui a la primera clase con Adela. La sala pobre donde nos daba las lecciones seguía siendo tan sencilla como siempre: el mismo crucifijo, los mismos mapas en las paredes, idénticas las manchas de tinta, el triste encerado, todo igual; sin embargo en el ambiente flotaba no sé que niebla intangible que hablaba a los sentidos de algún cambio. ¿Era la presencia de Adela en la tarima, vestida de negro, muy seria, para infundir el respeto que su poca edad no podía darnos; o las ventanas entornadas que filtraban el aire y oscurecían la estancia? Sería difícil afirmar o negar nada en concreto, pero entre D. Celso y su hija había diferencias patentes.

Rezamos un padre nuestro y nos mandó sentar. Muy engreída en su silla nos dirigió un discursillo de circunstancias. No recuerdo qué nos dijo, mejor diré que no hice ningún caso. Todo el tiempo que duró la plática mi imaginación corrió desbocada de un sitio a otro tratando de emanciparme espiritualmente de aquellas paredes y de la vigilancia, que me llenaba de oprobio, de la señorita Adela. ¡Llamar señorita Adela a la antigua compañera de juegos, a la que más de una vez habíamos golpeado y que ahora muy circunspecta nos hablaba con un tono pedantesco de superioridad! Realmente Adela había cambiado mucho. Siempre fue ella tímida e irresoluta. Era la que siempre en los juegos solía llevarse todos los peores tratos. Un día desapareció del pueblo. Marchó a Cáceres con unos parientes para cursar los estudios de Magisterio; y la chiquilla bobalicona e insustancial nos sorprendía cada verano con sus notas so-

bresalientes. De sus progresos estudiantiles todo el pueblo se vanagloriaba. Se la tenía como una especie de gloria local. A los forasteros se les hablaba de ella con tanto entusiasmo como del ábside románico de nuestra iglesia medieval. Don Celso no sabía donde ponerla y en todo momento tenía en su boca alguna anécdota que ensalzaba las buenas cualidades indiscutibles de su hija Adelita.

A partir de la iniciación de sus estudios dejamos los chicos del lugar de tratarla. Adela sólo venía a casa de sus padres en las vacaciones estivales y no se mezclaba en nuestros juegos a los que consideraría brutales, acostumbrada ya a las plácidas y refinadas diversiones de la ciudad. Ninguno de nosotros se preocupó por este desvío. Adelita siempre fue un estorbo en nuestros entretenimientos. A cualquier empujoncito se caía y al más leve golpe se ponía a llorar con desconsuelo. Quiero indicar con todo esto que mi trato con Adela se había interrumpido durante algunos años y ahora lo reanudaba y veía de golpe todas las diferencias entre la Adelita de entonces y la señorita Adela de ahora. Y que evidentemente no eran pocas, de todas ellas la más sobresaliente para mí era el desparpajo con que nos hablaba haciendo galas de unas condiciones pedagógicas que tanto a Felipe—mi hermano no se admira de nada—como a mí nos tenía embobados.

Terminó de hablar y procedió a hacerme algunas preguntas generales para apreciar vagamente nuestros conocimientos. Felipe quedó como era lógico en buen lugar. Yo no contesté a ninguna. Adela me las explicó de manera tan asequible a mi inteligencia poco cultivada, que las entendí pronto. Y todo esto sin voces, sin risas sarcásticas ni dicerios humillantes.

Quando salimos de clase mi ceño no era tan adusto como al entrar.

* * *

Pasaron varias semanas y mis adelantos estudiantiles progresaron mucho. Yo fui el primero en sorprenderme. Todas las asignaturas que antes me ocasionaban dolores de cabeza y sudores febriles las aprendía ahora en un santiamén. Ni las arideces de la aritmética ni las enrevesadas lecciones de la sintaxis me causan pavor. ¿Y la Historia? Con D. Celso, invariablemente Felipe V sucedía, como no, a Felipe IV. ¿Con Adela? Para qué molestarse con digresiones inoportunas. Cualquier libro de Historia le leo con el mismo placer que una novelita de Conand Doyle, o Emilio Salgari, mis autores favoritos por aquellos años. Debo este regodeo intelectual, como otros muchos, a la señorita Adela. Ella es una admiradora de las Ciencias Históricas, y esta admiración ha sabido contagiármela. Usó para ello un método original como todo lo suyo.

De mi general dejadez hacia la Historia de España, la Casa de Austria era el blanco de mis enconos particulares. La culpa mía y bien mía, porque achacársela a unos folletones de Ortega y Frías o de Fernández y González sería pueril. Invariablemente al terminar el reinado de los Reyes Católicos yo daba un salto histórico lleno de dignidad—así lo creía yo—que me ponía en las puertas del siglo

XVIII. En consecuencia a este abandono a nadie extrañaría que a Carlos II llamara El Rey Prudente y a Felipe II «El Hechizado». Adela después de varios intentos baldíos para hacerme aprender la Casa de Austria lo logró de un modo bastante gráfico.

—Llevamos—díjonos un día— a los monarcas de la dinastía austriaca en nuestra mano.

Sonrióse al ver en nuestras caras la extrañeza y prosiguió:

—Fijaos en vuestra mano: el dedo pulgar representa a Carlos I, fuerte, robusto y utilísimo a la mano, como el César lo fué a la nación española. El índice, es Felipe II, dedo serio, astuto, y de gran servicio, con él hacemos, junto con el pulgar, la señal de la cruz: Felipe II y Carlos I fueron martillos de herejes. El corazón, no podía ser otro que Felipe III, sobresale por su altura, siendo escasa su utilidad práctica; Felipe III fué grande por la herencia de su padre y abuelo, sin que él hiciese nada por aumentarla. El anular es un dedo frívolo, en él ponemos los anillos, de poca fuerza y menos provecho. Claro está que representa a Felipe IV, el Rey voluble y enamorado. El meñique, es Carlos II, el débil y enfermizo monarca, miradle pequeño e insignificante.

Me gustó tanto esta sencilla explicación, que no la he podido olvidar todavía. Años después leí en no recuerdo qué obra de Unamuno un símil parecido.—El Profesor de Salamanca identificaba los dedos de la mano con los cinco grandes ríos españoles que desembocan en el Atlántico. A mí siempre me pareció la de Adela más original que la de D. Miguel.

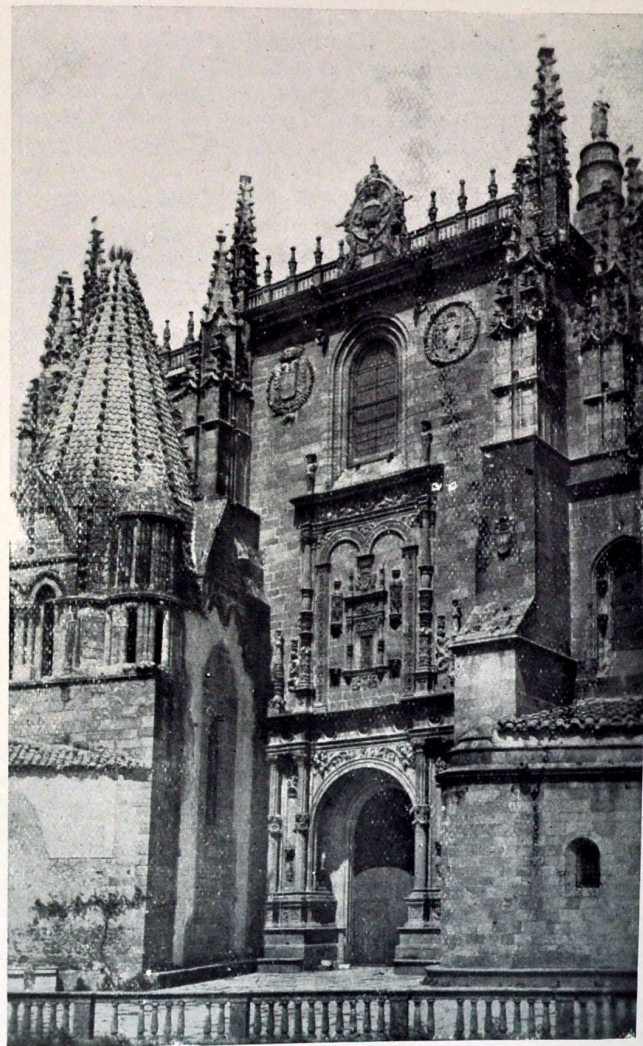
Y es que yo no podía hacer comparaciones con Adela, pues siempre me inclinaba a su favor. No había para mí sonrisas como las de Adela, ni ademanes como los suyos, toda su figura despedía no sé qué halo de admiración que me hechizaba. Su cultura, sus prendas morales, y su trato cariñoso me cautivaban y hacían de mi voluntad lo que otros no lograron.

Llego a este punto en mi narración y una sonrisa aparece en mis labios. Es la sonrisa tranquila de la añoranza. El regusto de los días felices de la juventud, cuando la vida es tan plácida porque se piensa poco; cuando nuestro cerebro es insuficiente para vislumbrar lo mezquino de nuestra naturaleza y la podredumbre de nuestros semejantes. La alegre remembranza de encontrar una edad en que fuimos mejores porque nuestras acciones eran nobles y desinteresadas.

Las clases con Adela habían hecho nacer en mi corazón un afecto al que me es imposible calificar. Voy a llamarle «amor de adolescente» aunque me conste que no es la frase exacta. A una edad como la mía ni la sexualidad puede impulsar a una pasión, ni están determinados los fines del matrimonio. Un amor como era el mío que se contentaba con ver a Adela, escuchar su voz o a admirar sus facultades, es un amor que algo se apartaba de lo vulgar.

Llegó la fecha del examen y con él el merecido aprobado, el que más me entusiasmó en todos mis estudios.

Volví al pueblo con la grata noticia de mi éxito y mientras mi padre y Felipe que me habían acompañado, relataban a mi madre



ALBUM EXTREMEÑO: Puerta del enlcsado de la Catedral de Plasencia

las minucias del examen, yo corrí a casa de Adela. No estaba. Había salido a pasear por la ribera del río, y allí me encaminé.

Conocía estos parajes desde que tenía uso de razón, pero hasta aquella tarde no aprecié el delicado encanto y belleza que poseían. En esta hora crepuscular los árboles despedían una débil fosforescencia verde. En el horizonte, las oscuras nubes otoñales, toda la gama del gris, contornos brillantes y los tonos rosados que había dejado el sol, formaban acuarela feliz. Olía a tierra mojada y mil ruidos intermitentes, misteriosos, daban al lugar aspecto de bosque encantado.

Adela ensimismada veía discurrir el agua de un regatillo murmurador.

Mis gritos de «¡Aprobado! ¡Aprobado!» la apartaron de su abstracción y llegó a mí risueña con su mano extendida, pródiga, a felicitarme. Hubo sinceridad en su enhorabuena. Brillaban sus ojos por la felicidad y mi corazón latía de contento. Aprisioné su mano grácil entre las mías nerviosas...

En el fondo de mi cerebro amanecía una idea... «Si yo ah...»

Aún sin concebirla estaba mi lengua barbotándola:

—Adela... mi Adelita... te quiero mucho, desde siempre... seremos los novios más... yo Adelita quiero... no soy ningún quidam, aprobé el examen, hago lo que me propongo... yo... ven...

Adela brusca retiró su mano, varió la expresión de su rostro alegre: las cejas se aproximaron a los ojos y un rictus de dureza brotó en sus labios.

Muy digna, con la misma seguridad que disertaba en clase me habló, sin tartajeos, ni falsetes en su voz. No puedo transcribir textualmente su respuesta, perdí facultades de asimilación de ideas, pero quedó grabada indeleblemente su esencia.

Adela me apreciaba mucho. Sí: pero de ésto a quererme había gran distancia. Para ella yo era un «muchacho impulsivo» que se encontraba en un momento de ofuscación. Un «niño» como yo tenía, antes de hablar de amor a ninguna mujer, que terminar el Bachillerato; el afecto con que ella me había distinguido y yo interpreté tan erróneamente, era una mera obligación pedagógica...

Así habló Adela. Subían a mi cara oleadas de sangre... mis orejas ardían, después tuve frío, un sudor abundante llenó mi rostro.

Silenciosos, y yo avergonzado, regresamos al pueblo. Despidióse Adela con un ¡adiós! seco y entré en mi casa mohíno y desengañado.

Cuatro años más tarde Adela casó con un teniente de Caballería; vive en Badajoz y tiene ya dos niñas.

Yo la olvidé en seguida...

JOSÉ AUGUSTO OLIVER MARCOS

